

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

NOCHE DE TOROS EN LA TELEVISION FRANCESA

Primero hubo la película de Francesco Rossi, "La hora de la verdad", con "Miguelín". Después vino la verdadera hora de la verdad, que aquí, en este país, es la hora del charloteo, del rico debate. Fue muy bueno. De entrada, don Domingo Dominguín cogió el toro por los cuernos y planteó el asunto en plan social. Dominguín declaró rotundamente que el origen y la explicación de la fiesta nacional están en el subdesarrollo y en unas estructuras socioeconómicas injustas. El torero es un señor que tenía hambre, y como tenía hambre se hizo torero. Su tesis era en cierto modo la ilustración, estructurada, del famoso "más cornás da el hambre" del Espartaco.

El fulminante número progresista del señor Dominguín provocó un momento de desconcierto entre los participantes en el debate. El primero en reaccionar fue Jean Lacouture. Lacouture es una de las grandes firmas de política internacional de "Le Monde". TRIUNFO ha publicado excelentes cosas suyas. Lacouture es una mezcla fascinante de pasión y de serena capacidad de análisis y sentido crítico. Esta doble e inseparable faceta de su personalidad le ha llevado a escribir un penetrante estudio sobre el general De Gaulle y... a una impenitente afición a los toros. Pasión y lucidez mental, en síntesis entrañable, son los ingredientes de sus estupendas crónicas taurinas. Periodista y escritor nato, es nervioso hablando, y se le vio parpadear mucho después de la "tirada" de Dominguín. Al fin consiguió articular una palabra para decir más o menos que hombre, que no había que exagerar, que el hambre y las estructuras injustas podían explicar en parte el fenómeno tauromáquico, pero no del todo. En esto, el que dirige el debate le suelta suavemente que si no había cierta... incongruencia... entre su condición de hombre de izquierdas y su pasión por los toros. Aquí Lacouture estuvo genial. Dijo que no sabía si había incongruencia o no, pero que si la había, reclamaba el derecho a la incongruencia. Ya me convenció menos su argumento de que no tiene tiempo para preocuparse del sufrimiento de los animales mientras los hombres explotan y matan a sus semejantes. Esto se me antoja un poquillo falaz, porque si los animales van a tener que esperar para ser bien tratados a que los hombres se traten bien entre sí, están apañados. En realidad, la afición a los toros es una enormidad tan grande que más vale no dar explicaciones para justificarla. A mí también me gustan, pero jamás intentaré justificarlo.

Otro de los grandes momentos del debate fue cuando el señor Claude Popelin, el crítico y "enterado" oficial de Francia, se puso a explicar que las banderillas tienen un pincho muy pequeño y que no hacen pupa. El señor Gascar, que era la oposición a la fiesta, objetó tímidamente que a él le había parecido advertir que el toro sangraba. Esta observación hubiera hecho vacilar a otro que no fuera el señor Popelin. Imperturbable, el señor Popelin explicó pacientemente que no sangraba casi nada, y que el hecho de que sangrara un poco no significaba necesariamente que sufriera. Ante tan contundente argumento, el señor Gascar recogió velas, volvió a repetir que él no tenía nada contra los toreros, que admiraba su valor e incluso su arte, pero que, a pesar de todo, él seguía teniendo la ligera impresión de que el toro sufría un poco. ¡Y dale! El señor Gascar debería saber que los toros, después de todo, gozan de los mismos privilegios que los poetas: que si son buenos, son aplaudidos en el arrastre.

En el debate intervinieron también Curro Vázquez, Robert Piles, que es un señor torero francés hijo de españoles; el aficionado señor Lacassagne y el crítico de "ABC", don Antonio Díaz-Cañabate. Afortunadamente no se tocó el espinoso tema de "El Cordobés", y el señor Díaz-Cañabate, puro en mano y amable continente de liberal orteguiano, pudo explicar con toda serenidad una lección magistral sobre el toro y su circunstancia.

La nocturna fue buena y los teleafiados lo pasamos muy bien.

Santas Escrituras». Aunque el lenguaje castellano tiene abundantes extranjerismos tiene aciertos indudables en la interpretación de algunas frases discutidas, sobre todo del Antiguo Testamento.

El año pasado celebraron en Roma una asamblea a la que asistieron 6.500 españoles. Este año celebran en Toulouse otra asamblea, a la que se espera asistan 10.000 españoles. ■ E. MIRET MAGDALENA.

ARMAS

El bombardero absoluto

El Boeing B-52, enorme bombardero octorreactor que los americanos están utilizando actualmente en el Sudeste asiático, tendrá su sucesor: el North American Rockwell B-1. La decisión de construir, cueste lo que cueste, una flota de estos aparatos de geometría variable, acaba de tomarla el Departamento norteamericano de Defensa. La producción en serie será de 200 ó 250 aparatos. Tetrarreactor, el B-1 A no sólo será capaz de cumplir todas las misiones del B-52, sino que, al mismo tiempo, podrá alcanzar una mayor velocidad (3.000 kilómetros por hora), dispondrá de contramedidas electrónicas altamente perfeccionadas, volará a muy baja altura a elevada velocidad subsónica y podrá transportar, a una distancia de aproximadamente 10.000 kilómetros, una carga militar doble de la que permite el B-52 (es decir, de más de 22 toneladas). El primer vuelo del nuevo avión está previsto para 1974, y los primeros aparatos producidos en serie saldrán de las factorías de Los Angeles en 1978.



La «crisis Tillon» en el P. C. F.

Ulcerada y dolorosa aún la expulsión de Garaudy del partido comunista fran-

sés, brota ahora la «crisis Tillon». Charles Tillon, ex ministro, jefe de los francotiradores del partido durante la resistencia, ha sido excluido del partido comunista francés por sus graves disensiones con la dirección acerca del «stalinismo» que considera presente en el Comité Central y con respecto al tema checoslovaco.

Tillon ataca ahora al secretario general, Marchais, de haber colaborado con los alemanes; dice que ha sido impuesto en el partido por Breznev. Duclos responde a Tillon y le define así: «Segrega bilis, es hombre de odios, es malo. Durante dieciocho años ha permanecido callado, acumulando toda su maldad, y ahora se desborda, deja correr todo eso, deja correr su hiel [...]. Ha hecho siempre reproches a todo el mundo. Atacaba a Maurice Thorez, me ha atacado a mí, ataca a Marchais, ataca a todo el mundo porque se considera por encima de todo el mundo y considera que él debía haber sido el dirigente esencial, el dios del partido comunista francés. ¡Es un megalómano en el fondo!».

Garaudy le defiende: «La exclusión de Charles Tillon, después de la de Dubcek, muestra cómo se perpetúan los métodos inaugurados en la época de Stalin: la respuesta a las divergencias políticas por la eliminación de los hombres». Se supone que Garaudy y Tillon pueden, ahora, crear su propio partido comunista, que no se definiría como escisionista, sino como ortodoxo, acusando al actual de ser el escisionista y desviacionista. El primer paso será, probablemente, la publicación de un semanario sostenido por los dos excluidos.

EL REARME DE SUDÁFRICA

¿Hacia la bomba atómica?

Mientras el Gobierno conservador de Inglaterra trata de enviar armas a Sudáfrica y los Jefes de Estado de las naciones negras deliberan acerca de este riesgo, el primer ministro sudafricano, Voster, anuncia la intención de poner en marcha una fábrica para la producción de uranio enriquecido, es decir, capaz de suministrar material para la fabricación de la bomba atómica. Aunque Voster explica que se trata de utilizar la fuerza atómica para fines pacíficos, el hecho es que esta fábrica puede permitir a Sudáfrica convertirse rápidamente en una potencia nuclear militar, lo cual alarma seriamente a quienes profetizan que esa zona puede producir, en un plazo más o menos próximo, un Vietnam, y a quienes estiman que la proliferación nuclear es un riesgo para la paz mundial.

Esta noticia no favorece los proyectos del Gobierno británico de enviar armas a Sudáfrica. Heath ha sido vivamente interpelado en el Parlamento en un debate cálido: los miembros de la oposición no han conseguido sacar al primer ministro de sus trincheras semánticas, basadas principalmente en las diferencias entre los términos «intención» y «decisión». El ministro de

Asuntos Exteriores, sir Alec Douglas-Home, insistió en el argumento ya expresado de la necesidad de oponerse a la presencia de las fuerzas navales soviéticas en el Índico y a la necesidad estratégica de conservar la navegación por la ruta del Cabo libre de cualquier atentado.

Pero la cuestión puede provocar una crisis grave en la Commonwealth. Los Presidentes de Tanzania, Zambia y Uganda se han reunido en Dar-es-Salam para estudiar la situación. Tanzania ha anunciado su decisión de retirarse de la Commonwealth tan pronto como Inglaterra venda armas a Sudáfrica, y es posible que haya conseguido que las otras dos naciones africanas tomen la misma decisión. Kenya, que no estuvo presente en las reuniones de Dar-es-Salam, puede sumarse a esta decisión.

LA MUERTE DE MACLEOD

Una brecha en el Gobierno británico



La muerte de Ian Macleod, canciller del Exchequer —ministro de Finanzas— del Gobierno británico, es un golpe rudo para un Gobierno que tiene como principal misión restaurar la política dineraria. En el único discurso que tuvo ocasión de pronunciar como ministro había dicho que el electorado votó a los conservadores «porque esperaba medidas conservadoras, y las tendrá»; esto indicaba que se proponía un cambio claro de política. Se creía que era partidario de un «expansionismo moderado», capaz de cortar los peligros de inflación, y debía elaborar, como clave de esa política, el presupuesto de 1971, que sería el punto de cambio de toda la política económica británica. Estas ideas eran tanto suyas como del primer ministro, pero la capacidad y la energía de Macleod le hacían perfectamente idó-

neo para llevar adelante sus planes. Macleod sólo ha podido ejercer su cargo durante un mes. Había regresado a su domicilio después de haber sido operado urgentemente de un ataque de apendicitis. Sufrió una crisis cardíaca cuando se disponía a acostarse y murió diez minutos después. Tenía cincuenta y seis años.

IRLANDA

Cinco hombres vestidos de gris

Periodistas soviéticos han llegado a Belfast con el fin de averiguar si la C. I. A. apoya de verdad a los católicos irlandeses.

Belfast ha vivido, con particular intensidad, los días más largos, más dramáticos, más militarizados de su historia reciente. Se celebraba, como todos los años por las mismas fechas, el triunfo definitivo de los protestantes sobre los católicos en la batalla de Boyne (1690), Irlanda del Norte. Durante todo el mes de junio, los protestantes organizan pequeños desfiles preparatorios de la celebración del triunfo de la orden de Orange, pero las fiestas alcanzan su apogeo el 12 de julio en Belfast y se extienden durante el resto del verano a todo el país. Estas fiestas son tradicionalmente fastuosas, pero nunca hasta ahora se habían desarrollado en semejantes condiciones.

Fue necesaria la mayor operación jamás llevada a cabo para mantener el orden establecido dentro del Reino Unido: 12.000 soldados y más de 6.000 policías, que tienen al país bajo sus garras. Un ejemplo: Armagh, la pequeña capital del más pequeño de los condados de Irlanda del Norte. Su especialidad: las manzanas. Armagh se enorgullece de abastecer las manzanas que se consumen en el palacio de Buckingham. Otra especialidad: una cárcel. La cárcel donde purga su pena Bernadette Devlin, «Bernie» como se la llama cariñosamente. Una tarde a primera hora, poco antes del día del gran desfile, debía tener lugar una manifestación a las puertas de esa cárcel.

La cárcel es un edificio largo y de poca altura que ocupa uno de los lados de la plaza. Enfrente hay un gran césped en el que un grupo de niños y de mayores, vestidos de uniformes blancos, juegan al fútbol y al béisbol. Decenas de constables, con sus gorras y sus largos impermeables de color negro, están escaqueados por toda la plaza. A la izquierda y a la derecha, alambradas. Y detrás, soldados con uniformes color caqui, provistos de walkie-talkies y de coches blindados. En pleno centro de la plaza totalmente desierta, en una cabina telefónica roja, un hombre telefona. ¿A quién llama? La pequeña plaza provinciana se ha convertido de repente en un desierto

horrible y al mismo tiempo ridículo.

Y todas las calles, todas las callejas que salen del centro de la ciudad están, al igual que la plaza, bloqueadas. En una de las calles, considerada como particularmente peligrosa para el orden, los soldados están colocados a tresbolillo, carabina y cachiporra en mano. Ciento cincuenta manifestantes desfilan llevando pancartas: «People Democracy» (Democracia Popular), «Record de los Torjes: veintitrés días en el poder, doce muertos», «Viva la izquierda proletaria», etc. Habrá discursos violentos, pero nada más. Ni siquiera un ratón hubiese podido atravesar la barrera levantada por los soldados británicos.

En Belfast hay dos largas calles paralelas: la Shankill Road, protestante, y la Falls Road, católica. Dos barrios enemigos. Entre los dos, el ejército británico ha levantado una muralla de hombres, de hierro, de alambradas, de carros blindados, de fusiles, que oficialmente se llama «la línea de la paz», pero a la que los católicos califican de «muro de la vergüenza irlandesa». El día del gran desfile, el ejército ocupó todos los puntos estratégicos, registró todos los automóviles, persiguió a los «rebeldes» y ocupó ocho kilómetros de la autopista que lleva a Irlanda del Norte, para impedir la actuación de posibles francotiradores... Nunca se había visto nada parecido.

Y nunca estos desfiles triunfalistas habían sido objeto de críticas tan feroces. Es una vieja costumbre que siempre origina disturbios. Durante las noches que preceden al 12 de julio, los protestantes tiran sus muebles y trastos viejos por la ventana y hacen con ellos montones a los que luego prenden fuego. Las hogueras gigantescas que así se originan son un símbolo: es como si los protestantes quemasen al Papa. Mientras encienden las hogueras, los protestantes irlandeses cantan viejos aires folklóricos, cuyo contenido es aún más virulento. Por ejemplo:

«Hundidos hasta los ojos en la sangre papista. Hasta los ojos, en la carnicería. Venid, católicos ciegos...». Se creía que los protestantes se moderarían este año en vista de lo peligroso de la situación. Pero ocurrió todo lo contrario. Nunca hubo un desfile tan gigantesco. Los participantes llegaron de todos los rincones de Irlanda del Norte, de Escocia (4.000 personas), del Canadá, de Australia.

Un gran maestro, un viejo australiano de cabellos canosos, director de empresa, me dijo: «Vengo a Irlanda porque es preciso luchar contra la Iglesia católica, que no se contenta con lo estrictamente religioso, sino que tiene, además, ambiciones políticas».

Nunca antes se había prohibido la venta de bebidas alcohólicas en fecha tan señalada. Como tampoco se había visto llegar a Belfast a un grupo discreto, aunque evidente, de cinco hombres vestidos de gris dispuestos a seguir y analizar la crisis irlandesa. Los cinco se instalaron en el primer piso del Grand Central Hotel, ubicado en la Royal Avenue de Belfast, y fueron inmediatamente distinguidos de entre los cientos de periodistas de todo el mundo llegados expresamente a Irlanda del Norte para cubrir los acontecimientos. ¿Quiénes eran? Vladimir Dunayev, representante de la radio y la televisión moscovitas en Londres; Kobych, de «Izvestia»; Driakiov,

de la agencia Tass, y los corresponsales de «Trud» y de «Komsomolskaia Pravda». En una palabra, lo más granado de la prensa soviética destacada en Gran Bretaña, aunque no periodistas en el sentido estricto de la palabra, sino empleados del Gobierno soviético, fichados por el Intelligence Service. A cada desplazamiento de estos periodistas, sobre todo si se trata de un desplazamiento en grupo, se le concede un significado más político que periodístico.

La primera pregunta que se hicieron, pues, los observadores británicos: «¿Por qué habrán venido aquí?». Y observaron que la prensa soviética, desde hacía varias semanas, criticaba violentamente la actitud del Gobierno británico con respecto a Irlanda del Norte. Que Vladimir Dunayev, por ejemplo, hablaba en sus crónicas de los dieciséis mil opresores británicos y de los blindados que ocupaban las calles de Belfast y de Londonderry, al igual que los americanos habían ocupado las calles de Da Nang y de Hué. Y que el régimen de pacotilla de Saigón estaba apoyado por las bayonetas americanas del mismo modo que el régimen de Irlanda del Norte lo estaba por las bayonetas británicas. Y que, tanto en uno como en otro caso, se trataba de una guerra colonial.

Los observadores se preguntaron entonces si el repentino interés de los soviéticos por Irlanda del Norte se debía al acceso de los conservadores al poder o si obedecía, más bien, a lo explosivo de la situación.

A decir verdad, creo que el drama de Irlanda del Norte se internacionaliza. Por extraño que pueda parecer, uno se pregunta ya si este país no se estará convirtiendo en un pequeño Vietnam, una pequeña Cuba, un terreno de experiencias, en Europa, para los jóvenes revolucionarios internacionalistas y también para la C. I. A., de la que se está hablando mucho últimamente. La hipótesis más extendida es la de que los servicios secretos norteamericanos apoyan clandestinamente al I. R. A., ejército revolucionario de Irlanda del Sur, que apoya a su vez a los revoltosos de Irlanda del Norte con la esperanza de que, un día, la Irlanda reunificada se convertirá en un Estado independiente de Londres en el que podrán instalarse antenas estratégicas.

Nada grave ha ocurrido durante el gran desfile de julio. Pero si nada grave ha ocurrido ha sido gracias a la omnipresencia y eficacia del ejército británico. Si éste se retirase, se produciría una auténtica carnicería. Sin embargo, ¿cuánto tiempo va a mantener aquí el Gobierno británico a un ejército cuyos componentes empezaban ya a quejarse de las funciones de policía que les han asignado? Un soldado, por ejemplo, me dijo: «No somos C. R. S. ¿Por qué no traen aquí a los bobbies de Londres? Por lo menos servirán para algo».

Por su falta de formación política, los católicos aún no están maduros para la revolución, pero sí lo están para la revuelta. Todo es posible. Alguien (Carlos Marx, si mi memoria no me falla) escribió un día que la revolución vendría de Irlanda, porque allí se realizaban todas las condiciones, incluida la de la opresión religiosa. Quizá los dirigentes soviéticos y los cinco señores de gris hayan leído esas palabras y estén meditando. ■
YVON LE VALLANT.